**EL AGUA EN LOS EVANGELIOS.**

Una forma gráfica de reconocer la importancia del agua en la Biblia es pensar que en el Antiguo Testamento este tema se encuentra en 1.500 versículos y en 430 del Nuevo Testamento. Y no se trata sólo de la cantidad numérica de textos, sino sobre todo del rico simbolismo que ese elemento encierra, y como símbolo nos ayuda a captar de una manera intuitiva realidades profundas.

En esta reflexión vamos a centrarnos en el simbolismo de este elemento, el agua, en concreto en el Nuevo Testamento.

El agua, como uno de los símbolos evangélicos de la acción del Espíritu Santo, se presenta ya en el Nuevo Testamento, con un poder purificador y vivificante. Sirve para el rito del bautismo que ya Juan, en el Jordán administraba con el bautismo de penitencia (cf. Jn 1, 33). Pero será Jesús quien presente el agua como símbolo del Espíritu Santo cuando, un día de fiesta, exclame ante la muchedumbre: "Si alguno tiene sed, venga a mí y beba el que cree en mí, como dice la Escritura. De su seno correrán ríos de agua viva". Y el evangelista comenta: "Esto lo decía refiriéndose al Espíritu que iban a recibir los que creyeran en él. Porque aún no había Espíritu, pues todavía Jesús no había sido glorificado" (Jn 7, 37-39).

La verdad revelada por Jesús sobre el Espíritu Santo, del que "el agua viva" es símbolo, en el sacramento del bautismo se traducirá en la realidad del nacimiento por el Espíritu Santo. Según los exegetas, las aguas vivas y vivificantes simbolizan al Espíritu, como el mismo Juan repite varias veces en su evangelio (cf. Jn 4, 10-14; 7, 37-38). En esta de Dios "bebe esta agua espiritual", según san Pablo, es como Israel en el desierto, que "bebían de la roca... y la roca era Cristo" (1 Co 10, 1-4). De su costado atravesado en la cruz "salió sangre y agua" (Jn 19, 34), como signo de la finalidad redentora de su muerte, sufrida por la salvación del mundo. Fruto de esta muerte redentora es el don del Espíritu Santo, concedido por él en abundancia a su Iglesia.

En la sangre que brota del Sagrado Corazón de Jesús traspasado en el Calvario según la visión del Apocalipsis se entrevé la misma Trinidad. También es significativo el hecho de que llame medicina para los gentiles las hojas del árbol, alimentado por el agua viva y saludable del Espíritu.

Verdaderamente "fuentes de agua viva salen del interior" del misterio pascual de Cristo, llegando a ser, en las almas de los hombres, como don del Espíritu Santo "fuente de agua que brota para vida eterna" (Jn 4, 14). Este don proviene de un Dador bien perceptible en las palabras de Cristo y de sus Apóstoles: la Tercera Persona de la Trinidad.

Como se ha indicado, los primeros Padres de la Iglesia reconocieron el agua que fluía de su Sagrado Corazón como la gracia de los sacramentos. Es un símbolo del derramamiento del Espíritu Santo.

El agua viva es el agua sacramental del Bautismo, en la cual el Espíritu Santo nos limpia del pecado y viene a morar en nosotros. Jesús le dice a Nicodemo que debemos nacer de nuevo de "agua y espíritu", así como Él le dice a la mujer samaritana en el pozo:

"El que beba del agua que yo le daré, nunca más volverá a tener sed. El agua que yo le daré se convertirá en él en manantial que brotará hasta la Vida eterna". (Juan 4,14)

Con estas palabras se explica todo lo que Jesús dice a la samaritana sobre el agua viva, sobre el agua que da él mismo. Esta agua se convierte en el hombre en "fuente de agua que brota para vida eterna" (Jn 4, 10.14).

La sangre y el agua de la Eucaristía y el Bautismo nos hacen nuevos. Su Espíritu mora en nosotros dándonos la vida eterna. Este es el cumplimiento de la gran profecía de Ezequiel. La escritura dice:

"Yo les daré otro corazón y pondré dentro de ellos un espíritu nuevo: arrancaré de su cuerpo el corazón de piedra y les daré un corazón de carne". (Ezequiel 11, 19)

Y así es con nosotros. Nuestros corazones son conformados y rehechos en los sacramentos del Sagrado Corazón de Jesús. Mientras Jesús colgaba de la Cruz, él gritó: "Tengo sed". En la lente del cristianismo, la sed de Jesús es salvar almas. Podemos consolar de una manera muy real el Sagrado Corazón de Jesús y su sed de salvar almas, a través de nuestra reparación y devoción a Su Sagrado Corazón. (Miserentissimus Redemptor, 13)

Bien entendido, el Bautismo y la Eucaristía nos transforman, que participamos de ellos, en el Cuerpo de Cristo. A través de las aguas vivificantes de Jesús, somos limpios, y por su cuerpo y sangre somos transformados.